

Mensaje de Encarnación (madre de César):

“Mi hijo César, el pequeño de los tres que tengo, fue diagnosticado con un Linfoma No-Hodgkin cuando tenía tres años y medio. Por aquel entonces yo me acababa de separar de su padre. Fue un palo muy grande, pues yo trabajaba fuera de casa y además tenía que ocuparme de la casa y de mis hijos, todos pequeños. Además, todos estábamos afectados por la situación familiar y la enfermedad fue un duro golpe.

Todavía hoy me cuesta trabajo hablar de esa etapa. Como madre, sentía la obligación de proteger a mis hijos y me preguntaba qué habría hecho mal para que la vida fuera tan cruel con él.

Fueron tres años y medio de quimioterapia, ingresos largos y frecuentes, por los duros tratamientos y la bajada de defensas. El primer año fue durísimo, pero lo peor era ver a esa criaturita sufrir y no poder evitarlo.

Me hice fuerte, muy fuerte, para poder seguir adelante y que mis otros dos hijos no sufrieran demasiado, pero todo era inútil. Al final a todos nos pasó factura anímicamente. Mis hijos tenían once y nueve años respectivamente, una edad muy difícil y más cuando su madre estaba las veinticuatro horas del día pensando y cuidando de su hermano pequeño.

Yo tenía que seguir las orientaciones de los médicos: "Que el niño vaya a la escuela como cualquier otro". No había que hacerle sentir diferente a los demás pero la vida para él era muy diferente. Algunos tratamientos no le dejaban levantar cabeza, ingreso tras ingreso, dolores intensos de cabeza, aspirados de médula, etc. y mientras yo no podía permitirme el lujo de llorar, al menos delante de ellos. Tenía que acudir al trabajo y rendir mientras mi cabeza no paraba. Además, debía atender a los dos mayores, que me necesitaban muchísimo, y yo mientras me preguntaba por qué le había ocurrido esto a un niño que había nacido muy sano y se estaba criando de igual forma, y qué hacía yo que no podía salvarle y se suponía que estaba ahí para protegerle de todo lo malo. ¡Era un bebé!

Tuve que decirle, porque así lo entendí, qué le estaba pasando para desdramatizar la enfermedad. Lo asumí con sus pocos años mucho mejor que muchos de los adultos que le rodeaban. Cuando se quitaba la gorra que llevaba para protegerse del sol y le preguntaban que le pasaba, ya que había perdido el pelo, contestaba con la mayor naturalidad ante el asombro y susto de la otra persona.

También dije que cuando termináramos el tratamiento y nos dieran el alta, y hablo en plural porque necesitaba sentir lo mismo que él, cosa imposible, lo celebraríamos, pero no pude. Entonces me entró todo el miedo que había estado evitando. Me daba miedo no volver al hospital, allí me encontraba segura, aun sabiendo que las visitas, aparte de los tratamientos o revisiones, no eran por nada bueno.

A lo largo de su vida ha mantenido la alegría. Es feliz, tiene infinidad de buenos amigos. Es un chico maravilloso que el 18 de octubre de 2012 cumple 30 años. Yo aprendí el valor de la vida, a la que estoy agradecida”.

Encarnación, madre de César